

EL VALIENTE BADULAQUE.



BREVE Y COMPENDIOSA RELACION

de las proézas y hechos memorables del invencible y atrevido Badulaque, capitan general de las armadas del siempre invicto rey Arlequin.

Escandalicese el mundo,
tiémble el infierno cobarde,
los hombres se atemoricen,
vistan de temor los aires,
porque sale á la campaña
el valiente Badulaque:
el que á Jauja dió renombre
con hechos muy memorables,
aquel Rufo, cuyas obras
ocupan en los anales
treinta resmas de papel;

poco he dicho, pero baste.
Yo soy quien le di la muerte
á aquel famoso gigante
de la puente de Mantible,
que le llamaban Galafre.
Despues que en España hice
hazañas inmemorables,
me pasé á la gran Turquía,
en donde estando una tarde
dentro de Constantinopla
pascándome en el parque,

vide pasar al gran Turco
acompañado de grandes,
sin hacerme acatamiento:
yo rebentando en corage,
alzé la mano, y les di
un bofeton arrogante,
con tal aire y con tal brio,
que aunque es la distancia grande,
cien muelas y cien quijadas
fueron á parar á Flandes.
Alborótanse los moros,
y yo sacando el alfange,
corté cuatrocientas piernas,
rompí cuatro mil turbantes,
murieron cinco mil turcos,
estos solo de mirarme
el rostro airado y severo,
y nueve mil á mi alfange.
Pidió pactos el gran Turco,
á fin de que me aquietase;
yo entonces les dije á todos,
que con tal que me jurasen
de comer tocino gordo,
no iria el pleito adelante.
Juraron por su Profeta
Mahoma, que en los altares
de la gran casa de Meca
asiste alegre y triunfante,
de comer jalú cocido
con sal pimienta y vinagre,
Fuime desde allí al gran Cáiro,
donde con un arrogante
matasiete tuve un choque,
y en un punto, en un instante,
fué á cenar á los infiernos
y eran las tres de la tarde;
pues lo cogí entre las palmas,
y apretando al miserable,
el sumo le hice que diese
por las mas menudas partes.
Acuden á darme muerte
sus amigos, y parciales,

mas yo entre perros de falda,
sin que me allere ni espante,
un zurron lleno de orejas
saqué no mas de este lance.
Con aquestas niñerías
voló mi fama en el aire,
tanto que todos temblaban
en nombrando á Badulaque.
Dicen Virgilio y Horacio
en sus escritos notables,
que mató Aquiles á Héctor,
pero mienten como infames,
que yo lo maté. Fué el caso,
que oyendo hazañas tan grandes,
enfadado de que hubiese
otro hombre que me igualase,
me partí á Frigia á buscarlo,
y en un espacioso valle
lo encontré por su desgracia
con cien hombres de su parte:
les acometí animo-o,
y á los golpes de mi alfange
rindieron todos sus vidas,
sin que nadie se escapase.
A Hércules y á Perseo
los maté por deleitarme,
maté á Amadis de Niquea,
y á Domisiano el gigante,
sin otros mil estafermos,
que no quiero ahora acordarme.
Un dia en una pendencia
tiré un tajo tan pujante
á un hombre, que de alto a bajo
quedó hecho dos mitades.
Diéronme ciertas noticias,
que mi amigo Chiquisnaque
en Flandes estaba preso,
y allá me partí al instante,
donde supe por estenso,
que cierta muger, su amante,
era causa que á galeras
al dicho lo sentenciasen.

Informéme de su casa;
y un domingo por la tarde
abalancéme furioso,
á tiempo que en fiesta y baile
estaban en una sala
muchas damas y galanes:
iba á sacar el acero,
pero antes que lo sacase
se cayeron todos muertos
solo con ver mi semblante.
Salí de allí al momento,
me fuí derecho á la cárcel,
llegué allá y con desentado
al carcelero las llaves
le pedí, darlas no quiso;
conque levantando el guante,
le tiré tan fuerte golpe,
que se quedó el miserable
aplastado contra el suelo,
hecho una torta de carne;
y de un puntapié las puertas
eché al suelo al instante,
soltando todos los presos,
v á mi amigo Chiquisnaque.
Fui á salir puerta afuera,
y hallé atajada la calle
de ministros de justicia
y soldados arrogantes,
con dardos, con escopetas,
v otras armas desiguales.
Yo al momento echando mano
al acero relumbrante,
me planté en medio de todos,
diciendo: viles, cobardes,
al valor de aqueste brazo
hoy morireis como canes;
ya corto piernas y muslos,
ya cabezas y gazoates,
que á seis heridas por golpe
me salian muy cabales.
A rebato las campanas
tocaron luego al instante:

toda la ciudad acude
á prenderme ó á matarme;
pero yo en medio de todos
me revuelvo como un padre.
Al fin me dejaron solo,
huyendo como cobardes,
porque á no huir, vive Cristo,
cada uno por su parte,
la pobre ciudad quedára
como escuela de danzantes.
Salimos yo y mis presos,
que habia dentro la cárcel;
y viendo que en este mundo
no me competia nadie,
me partí para el infierno,
que dicen hay hombres grandes.
Los demonios que supieron,
que iba yo á desafiárlas,
cerraron todas las puertas,
temerosos y cobardes.
Como jugando les di
un puntapié, y al instante
cayeron hechas pedazos,
dejando la entrada fácil.
Llegué al Leteo, que es rico
de muy copiosos raudales,
quise pasar por la barca,
y un diablo muy arrogante,
á quien llaman Aqueronte,
quiso estorvarme el pasage,
y lo eché dentro del rio,
en cuyas corrientes yace.
Pasé en fin al otro lado,
y estando de esotra parte,
salió á mí como un demonio
el cançervero espantable.
Me embistió, mas yo valiente
lo agarré del gazoate,
y le arranqué la cabeza,
dejándolo palpitante.
Rufian, Melec y Aleto,
con sus furias infernales,

acudieron como un rayo;
mas yo encendido en corage
los así á todos tres juntos,
y fueron de la otra parte
a parar de los infiernos
ochenta leguas cabales.
Tambien maté las harpías
y vívoras arrogantes.
Llegué á córtés del infierno
y Luzbel mandó al instante,
saliesen á recibirme.
con trompetas y timbales.
Entré, y el diablo cojuelo
me hizo no se que visages,
y allí de una tabanada
le deshice los quijares.
Berrugo y Nayven sus primos
se empeñaron en vengarle,
mas quedaron castigados
de aqueste brazo arrogante.
Receloso de mis hechos,
procuró Luzbel galante,
para tenerme contento
en su córté regalarme.
Me llevó á ver sus jardines,
sus retretes y sus parques,
sus edificios y torres
y sus fuertes baluartes.
Todo lo ví muy despacio,
aunque con disgusto grande,

porque hace en aquella tierra
un calor intolerable.
No quise pues parar mucho
en tierra tan detestable:
dí en breve vuelta á mi casa,
y en ella encontré á mis padres.
Alegres me recibieron,
y yo traté de aquietarme,
despues de haber echo tantos
arrestos y atrocidades
que no caben en la pluma,
y ni en la memoria caben.
Doscientas mil muertes tengo
hechas por mis crueldades:
las caras que yo he cortado
han sido diez mil cabales;
y las redomas de tinta
que he dado en diversas partes,
han sido mil y quinientas
estocadas penetrantes.
Heridas y cuchilladas
han sido dos mil millares.
Ciento y dos mil bofetadas
he dado, que el rostro en sangre
en cada una se bañaba
tan civil como arrogante.
Esta es pues la vida ilustre
del valiente Badulaque,
y si hay quien me compita,
valiente ó jaque, que hable.

FIN.

CARMONA:—1858.

Imp. de D. Jose M. Moreno, calle Juan de la Cabra núm. 4.